

que, por no haber encontrado corazones dignos en la tierra, suba triunfante con su divino Autor al reino de la paz, en donde los corazones penetrados del amor de Dios, canten eternamente al Dios de misericordia himnos de alabanza, y digan: *Magna et mirabilia sunt opera tua, Rex sæculorum. (Apocalipsis.)* ¡Quiera Dios que todos seamos de este número! Amen.

SERMON MORAL.

EL DESPRECIO DE LA GRACIA ES LA CAUSA

DEL ENDURECIMIENTO DEL CORAZON.

(PARA EL DOMINGO IX DESPUES DE PENTECOSTÉS.)

*Videns civitatem, flevit... dicens; circum-
dabunt te inimici tui... et prosternent te,
eo quod non cognoveris tempus visitatio-
nis tuæ.*

(Luc. x, cap. xix, vers. 41 y 43.)

¿Qué tienen que ver los trasportes de la alegría con la tristeza y el dolor? ¿Quién ha visto jamás que entre los regocijos de los pueblos en el recibimiento de sus libertadores ó sus héroes victoriosos, derramen lágrimas de amargura aquellos que entran en el recinto de la ciudad adornados con el lauro ganado en las batallas? En todas las ovaciones de que están llenas las páginas de la historia, se nos hace una pomposa descripción, cuya parte principal consiste en enumerar los epítetos gloriosos de los vencedores, y mucho más en describir su gozo interior, pintado con los más vivos colores en el rostro, y manifestado con sus acciones y palabras de gratitud hacia el pueblo; pero Jesucristo, cuyos triunfos son tan incomprendibles como sus trabajos é ignominias, se nos manifiesta al entrar en Jerusalem entre los aplausos populares de una manera extraña y singular. Rodeado por una muchedumbre que en acentos simultáneos lo aclamaba,

ma por libertador de Israel, por ungido del Señor y su enviado; como si ninguna de estas alabanzas hiriese sus oídos, levanta sus ojos, y al derramar su vista hácia la misma ciudad que le festeja, dos fuentes de lágrimas surcan sus sagradas mejillas: *Videns civitatem, flevit super illam.*

Conocer el motivo de estas lágrimas hubiera sido para nosotros un trabajo incalculable, si el mismo Jesus no hubiese mezclado los sollozos más amargos con las palabras más tristes; no proceden las lágrimas de Jesus, acompañadas de terribles amenazas, ni de aversion que tuviese á la ciudad que le honraba, ni de una amargura prematura que causase en su ánimo la idea de su Pasion, que acaecería muy pronto dentro de sus muros; son lágrimas inspiradas por los nobles sentimientos de afeccion y liberalidad; hacía tres años que el Salvador recorría la Judea, siendo Jerusalem el teatro principal de sus predicaciones y milagros, por los cuales, movidos alguna vez los judíos, no pudieron ménos de confesar que era el Cristo esperado hacía más de cuarenta siglos; pero pasados los instantes consagrados por sus operaciones milagrosas, ya se olvidaban de sus beneficios, y en el último día de su triunfo, motivado por la estupenda resurreccion de Lázaro, previendo que á las aclamaciones de aquel pueblo sucederian cinco dias despues las voces tumultuosas con que pedirian su muerte, no pudo ménos de verter amarguísimas lágrimas al ver un endurecimiento de corazon tan funesto á la ciudad deicida: *Videns civitatem, flevit super illam, etc.*

Ved aquí, amados míos, la causa porque Jesus acibara las alegrías de su entrada triunfante en Jerusalem, mezclando sus tristes gemidos con las aclamaciones del pueblo; preveía aquel día espantoso en que un ejército formidable ensangrentaría sus alfanjes en las ominosas cervices que no se habian querido inclinar ni á las ins-

piraciones divinas, ni á la dominacion humana; preveía la ruina material del templo y del altar, la abolicion del sacerdocio y de la profecía, la dispersion de las familias, las cadenas y la esclavitud, que las harian gemir por muchos siglos; preveía, en fin, el endurecimiento de corazon á que habian de llegar por su obstinada resistencia á los llamamientos del cielo; preveía que sus pecados, enemigos más crueles que las huestes romanas, los habian de estrechar por todas partes, y no dejarían en ellos vestigio alguno de gracia; y si como Dios misericordioso quisiera que, ántes de llegar á tal extremo, conociesen la clemencia de su Rey pacífico, al considerar que, despreciada su gracia, se vería obligado como Dios justo á derramar sobre ellos la copa de su indignacion, se entristece su amable corazon, suspira y llora: *Videns, etc.*

No es mi objeto entretener vuestra atencion contando los sucesos históricos que hoy predice Jesucristo en su Evangelio; pues esto, si bien conduciría á vuestra edificacion, mas no sería del provecho que yo deseo sacar en cada una de las almas que me oyen; así, supuesto que el pueblo hebreo era una figura del cristiano, y que Jesucristo dice que le sobrevendrian estos males por no haber dado oídos á sus palabras y hollado sus máximas divinas, voy á poner á vuestra vista un cuadro espantoso de los caminos por donde los hombres llegan al estado de endurecimiento ó abandono de Dios: y contrayéndome al asunto, ved mi proposicion: el desprecio contínuo de los auxilios divinos conduce al hombre á su perdicion eterna.

Acudamos al trono de la gracia, pidiéndola al Padre de las luces por la mediacion de María, á quien reverentes saludamos con el ángel.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

Los méritos de Jesucristo fueron tan grandes y copiosos, que bastaron para redimir á todos los hombres, aunque estos pasasen á ser infinitos en número. Sí, amados míos: donde abundó el delito, dice el Apóstol, sobreabundó la gracia; y si por el pecado de un solo hombre entró en el mundo la muerte envolviendo en sus ruinosas consecuencias á todos sus descendientes, por la sangre de Jesus entró la vida, fué destruida la muerte, pereció el imperio del pecado, y las generaciones todas, proscritas por el anatema de un Dios justo, quedaron salvas mediante la satisfaccion de un Dios misericordioso. No bastaba esto, sin embargo, para que los hijos de Adan entrasen á poseer los gozos eternos cuyas puertas cerrára su primer padre. Muy gratuitamente habia despreciado el hombre á su Criador; Éste no se hallaba obligado á enviar un Redentor que solventase la deuda que el hombre no podia pagar, por no tener la criatura limitada fuerza suficiente para aplacar á un Dios infinito. Al paso, pues, que, movido por su bondad, mandó á su Hijo que bajase del cielo á morir en un madero, determinó, por un decreto irrevocable de su justicia, que los hombres no lograsen el fruto de la redencion sino mediante su cooperacion activa y eficaz: ¡admirable economía de la Providencia! De este modo la gracia y la gloria son dones gratuitos que se dan al hombre mediante los méritos del Redentor, y, además, fundado el hombre en esta gracia, y cooperando por su parte á sus llamamientos, tiene un derecho inalienable al aumento de la gracia y á la posesion de la gloria; Dios se obliga, por su parte, á no negar á nadie los auxilios oportunos, y si el hombre los re-

cibe con corazon sencillo y los aprovecha, está cierto que ha de subir á la region de la inmortalidad, teniendo por prenda de su creencia la palabra y el juramento de un Dios fiel en sus promesas, y exento por naturaleza de mentira y de error.

No se crea que la santidad de esos hombres que nuestra piedad venera, y que son la admiracion áun de los impíos, tuvo otros principios; eran hombres, dice San Ambrosio, de la misma naturaleza que nosotros; tenian en el fondo de su alma las mismas pasiones; fueron atacados por los mismos enemigos; los halagaba el mismo mundo con sus vicios, pero no consintieron jamás en sus asechanzas; mas habiendo recibido una vez el gérmen de la gracia, fué ésta aumentándose por grados, hasta que se elevaron y fortalecieron, á semejanza de los árboles gigantescos que cubren las cimas de los montes, y cuya robustez los hace superiores á los ataques de los vientos y de las tempestades, por furiosas y desencadenadas que sean; de aquí traen su origen la fortaleza de los Apóstoles, el valor de los mártires, el heroismo de los confesores y vírgenes, y las admirables virtudes de los austeros anacoretas. Pero ¡cuán al contrario sucede al alma que se muestra indiferente á la gracia ó la desprecia! ¡En qué abismo se precipita el que no pone á ganancias el talento que Dios le ha dado! ¡Oh, amados míos! Al manifestaros el triste estado de un alma que se aparta de su Dios, no es mi intencion el desalentar á los pecadores; pero sí quisiera infundirles un santo terror, para que no se acaben de precipitar en el seno de la perdicion. Hemos de suponer desde luégo, como doctrina enseñada por el Concilio de Trento y por los Padres, que Dios da á todos los hombres la gracia suficiente para salvarse, y, además, que Dios no se aleja de la criatura sino despues que ésta lo ha despedido de sí y entregádose en manos del pecado; entónces Dios se retira, mas no del todo, sino que envía

de tiempo en tiempo algunos rayos de luz al alma pecadora para que vea sus extravíos; y cuando ésta persiste en la maldad; cuando, obstinada, desprecia los auxilios divinos, entónces Dios la abandona del todo, quedando ella envuelta en densas y pavorosas tinieblas. Del mismo modo que el sol, al trasmontar los límites de un hemisferio, no lo deja repentinamente en una oscuridad completa, sino que, por los reflejos de sus rayos, presta por algunas horas su luz al caminante, hasta que, alejándose demasiado, desaparece todo vestigio de luz y queda el mundo enteramente entregado al silencio de una noche profunda. Entónces, repito, llenada la medida de la misericordia, Dios sustrae al hombre la gracia, es decir, aquellos auxilios eficaces con que el hombre vence al mundo, al demonio y á sí mismo; no porque Dios enduzca directamente el corazón humano; no porque infunda en él la malicia, sino porque, según San Agustín, se ve precisado á negarle la misericordia. Se obceca el entendimiento, para no andar sino entre las tinieblas; se obstina la voluntad, para no seguir sino los dictámenes de la carne, y esto es un abandono fraguado por el mismo hombre, y al cual no llegára si correspondiese á la gracia.

Fundados en esta doctrina, ¿por qué nos hemos de admirar cuando vemos hombres inveterados en sus pecados, hombres encanecidos, que se revuelcan en el lecho inmundo de los vicios, sin volver una sola vez al cielo sus miradas? ¿Por qué sorprendernos al contemplar la insaciable avaricia que amontona el oro que la tierra ha de consumir y que es preciso dejar en este mundo? ¿Qué admiración podrá causar el leer en las historias los innumerables excesos perpetrados por los ambiciosos, quienes, por llegar á realizar los deseos de su corazón, han abusado de los hombres, tratándolos como á las bestias, y sacrificándolos, ya en los campos de batalla, ya en las

prisiones y cadalsos? Nada de esto nos admira, amados míos; su corazón está entregado á la iniquidad y á la rapiña; su entendimiento obcecado no ve sino placeres que han de pasar, riquezas que se han de podrir, honores y fama que han de bajar con él al sepulcro, pero que entre tanto son el hilo de todas sus operaciones. Representaos por un momento las acciones de aquellos dos ancianos impúdicos de quienes nos habla Daniel; traed á vuestra memoria sus tramas para seducir á una mujer honesta: ¿qué motivos tan eficaces no tenían para abandonar sus proyectos criminales? Siendo jueces del pueblo, ¿no debían ser los primeros en practicar la virtud? Esto no obstante, con una desvergüenza libertina, se ponen á acechar á la casta esposa, fijando en ella sus miradas lúbricas, y aquellos ojos, cubiertos de párpados arrugados y seniles, y que debieran respirar modestia y virtud, centellean con los fuegos de la deshonestidad. Debían considerar que eran los magistrados del pueblo; debían contemplar sus canas más que la hermosa figura de Susana, debían pensar que el adulterio era un crimen horrendo, castigado aún entre las naciones idólatras, y abominable á los ojos de Dios. Pero estas consideraciones no tenían cabida en la mente de aquellos viejos desvergonzados, y, como afirma el mismo Profeta, bajaron los ojos á la tierra para no mirar al cielo. *Declinaverunt oculos ut non viderent caelum.* (Cap. xiii, 9.) ¡Oh Dios! ¡cómo nos vemos precisados á exclamar con David: *Justus es, et rectum judicium tuum!* (Psalm. cxviii, vers. 137.) La mayor parte de los que se condenan cierran sus ojos para no ver aquella luz que ilumina á todo hombre (Joann., cap. i), ó bien, como afirma el mismo Profeta, se oponen tenaces á Dios, conjurándole para que se aparte de ellos, pues no quieren saber la ciencia de sus caminos, ó acaso como el obstinado Faraon, no viendo sino las cosas materiales y sensuales, preguntan con altivez: «¿Quién